

Día 5. La próxima generación como motor de una salud pública interseccional y colectiva

El futuro de la salud pública depende fundamentalmente de la participación activa y el liderazgo de estudiantes, jóvenes profesionales y profesionales en sus primeros años de carrera. Estos actores no representan solo el porvenir, sino que son agentes transformadores imprescindibles en el presente, aportando perspectivas innovadoras y enfoques comunitarios. Sin embargo, su intervención sigue limitándose con frecuencia a roles consultivos con poca capacidad real de incidencia, mientras que sus organizaciones y asociaciones carecen sistemáticamente de los recursos, estructura y apoyos necesarios para desarrollar todo su potencial.

Para superar esta situación, se requiere una redistribución estructural del poder que reconozca las múltiples dimensiones de desigualdad que afectan a la juventud, establezca mecanismos efectivos de participación y cogobernanza, y garantice los medios materiales necesarios para que sus organizaciones puedan operar en condiciones de igualdad. Esto implica no solo abrir espacios de participación, sino proveer financiación estable, acceso a infraestructuras y apoyo técnico a las iniciativas lideradas por estas nuevas generaciones.

La construcción de una salud pública más justa exige superar los modelos jerárquicos tradicionales e implementar estructuras de toma de decisiones basadas en la inteligencia colectiva. Actualmente, los espacios de poder continúan dominados por perfiles homogéneos, mientras persiste la exclusión de jóvenes con diversidad de género, etnia, racialización, orientación sexual, capacidad, lengua, y situación socioeconómica. El desafío no consiste simplemente en incorporar a estos grupos al sistema existente, sino en transformar radicalmente los mecanismos de toma de decisiones para garantizar una distribución equitativa del poder, el reconocimiento y los recursos.

Esta transformación demanda ir más allá de la participación individual, estableciendo estructuras de gobernanza colaborativa que incluyan el fortalecimiento institucional de las organizaciones juveniles. Esto pasa por la implementación de procesos participativos en la asignación de recursos específicos para estas agrupaciones, el establecimiento de alianzas estratégicas con movimientos sociales para abordar los determinantes estructurales de la salud, y la creación de espacios de rendición de cuentas ante la comunidad. La evidencia demuestra que las políticas sanitarias fracasan cuando no incorporan desde su diseño las perspectivas de las poblaciones afectadas, y cuando estas no cuentan con los medios materiales para implementar sus propuestas.

Las propuestas más innovadoras emergen precisamente desde los márgenes del sistema, donde convergen las distintas formas de desigualdad y donde la creatividad se convierte en herramienta de transformación. Estas iniciativas, desarrolladas desde enfoques interseccionales y comunitarios por organizaciones de estudiantes, profesionales jóvenes y profesionales en sus primeros años de carrera, representan modelos replicables que deberían integrarse en las políticas públicas con los recursos y apoyos necesarios para su escalamiento.

En definitiva, avanzar hacia una salud pública verdaderamente inclusiva implica reconocer el valor de la diversidad generacional como motor de cambio. Apostar por la integración activa de las nuevas generaciones no solo enriquecerá las respuestas a los desafíos actuales, sino que permitirá imaginar y construir colectivamente soluciones más justas y sostenibles. Es momento de confiar en la capacidad transformadora de quienes, desde la pluralidad de sus experiencias, están dispuestos a redefinir el futuro de la salud pública.